

Virginia Dominella.

Jóvenes, católicos, contestatarios: religión y política en Bahía Blanca (1968-1975).
**Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad
Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, 2020, 308 pp.**

En su decimoctavo volumen, la colección “Entre los libros de la buena memoria” ofrece la versión revisada de la tesis doctoral de Virginia Dominella, *Catolicismo liberacionista y militancias contestatarias en Bahía Blanca: sociabilidades y trayectorias en las ramas especializadas de Acción Católica durante la efervescencia social y política de los años ‘60 y ‘70*, defendida públicamente en la Universidad Nacional de La Plata en 2015. El libro se compone de un estudio introductorio, seis capítulos temáticos, un apartado conclusivo y dos prólogos elaborados por los directores de tesis, Daniel Lvovich y Aldo Ameigeiras. Lvovich refiere que *Jóvenes, católicos, contestatarios...* constituye un “aporte significativo para la comprensión de los procesos de radicalización política y movilización social de los años sesenta y setenta” (12).

El objetivo de la obra consiste en comprender las relaciones entre catolicismo liberacionista y política en un contexto de efervescencia social. El estudio privilegia el análisis de la incidencia política de la Juventud Universitaria Católica (JUC), la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y la Juventud Obrera Católica (JOC), organismos que realizaron acción pastoral y fomentaron la unidad interna mediante el tendido de relaciones afectivas y de parentesco en el ámbito estudiantil y obrero. La hipótesis sostenida por Dominella apunta a la formación de una marca identitaria entre las juventudes católicas, signada por el entrecruce del activismo social, el catolicismo liberacionista y la militancia contestataria. Con ese propósito, la autora analizó el influjo de los espacios de sociabilidad juvenil católica, los tipos de intervención social y los conflictos y tensiones derivadas de

la imbricación entre la fe, la militancia política y la adscripción eclesial. Para ello, integró un amplio corpus documental –fuentes de archivo, notas periodísticas y registros bibliográficos– y realizó una serie de entrevistas que le permitieron reconstruir las historias de vida, las redes sociales y las trayectorias políticas de los jóvenes católicos.

La acción católica juvenil se identificó con el catolicismo liberacionista y la renovación eclesial al asumir una militancia contestataria que pretendía instaurar una sociedad más igualitaria, justa y humanista. Dominella define al catolicismo liberacionista –siguiendo al sociólogo y filósofo franco-brasileño Michael Löwy– como un “amplio movimiento social-religioso surgido a principios de los años sesenta, que incluye tanto la cultura religiosa como la red social, la fe y la praxis, y cuya expresión intelectual es la teología de la liberación” (21). Entre los múltiples principios básicos del movimiento, la autora destaca la lucha contra los “nuevos ídolos de la muerte” –mercado, civilización occidental–, la (re)lectura de la Biblia, la liberación de la humanidad, la crítica a la teología tradicional, el uso del marxismo como instrumento socio-analítico, la denuncia del capitalismo como pecado estructural, y la opción por los pobres y la solidaridad con sus luchas.

El centro de acción de las organizaciones juveniles católicas referidas fue la ciudad de Bahía Blanca,

nodo regional que fungió, desde finales del siglo XIX, como puente comercial entre la capital federal y la Patagonia. La ciudad fue designada en 1957 cabecera de la arquidiócesis de Bahía Blanca y precisó un sustancioso desarrollo cultural y educativo gracias a la modernización de los medios noticiosos locales –diario *La Nueva Provincia* (1898), radio Bahía Blanca (1958) y Canal 9 de Telenueva (1965)– y la apertura de institutos terciarios e instituciones universitarias, como el Instituto Tecnológico del Sur, la Facultad Bahía Blanca de la Universidad Obrera Nacional –posteriormente Universidad Tecnológica Nacional– y la Universidad Nacional del Sur.

El primer capítulo, “El marco interpretativo del acercamiento a la sociedad y a la política”, tipifica los años sesenta como un periodo histórico con entidad propia, caracterizado por una utopía revolucionaria. Desde esa perspectiva, los sujetos de la historia son los “hombres nuevos”: actores conscientes, desprendidos, honestos, humildes, solidarios y voluntaristas que emanaron de los procesos de liberación. En el caso argentino, este periodo coincidió con la confluencia de cuatro fuerzas políticas revolucionarias bajo el sello distintivo de la “nueva izquierda”: catolicismo liberacionista, izquierda “ideológica”, peronismo y nacionalismo. El origen de esta efervescencia político-social fue la crisis de legitimidad que derivó del golpe militar y la caída de Perón en

1955. Dominella señala que la crisis se articuló con el nuevo modelo de acumulación de capital instaurado por los golpistas, debido a que la primacía económica de la burguesía redundó en diferenciación social. El estallido social se agudizó en 1969 a causa de las insurrecciones urbanas y las rebeliones populares, cuya máxima expresión fue el Cordobazo. En ese contexto, la juventud emergió como agente de cambio, al ser depositaria de una cultura contestataria “multifacética”.

Los jóvenes católicos vinculados con el movimiento liberacionista –apertura al mundo, atención preferencial de los pobres, espíritu horizontal y participativo– y el peronismo revolucionario adquirieron un papel decisivo en la transformación social y en la misión profética de la Iglesia católica. Los documentos eclesiales instaron a los jóvenes católicos a sumarse en la transformación de la sociedad a través de su inmersión en el mundo de los explotados, la creación de una conciencia política y la promoción de un socialismo popular, nacional, latinoamericano, humanista y crítico. El método empleado para canalizar la acción política de los jóvenes consistió en ver las situaciones cotidianas, *juzgar* sus causas y consecuencias conforme a la doctrina cristiana –qué haría Jesús en cada caso– y *obrar* de manera individual o colectiva en su solución. En consecuencia, el catolicismo integral –modo histórico de comprender la función social de la

religión–, la teología de la liberación, la renovación eclesial, y el retorno popular a los textos bíblicos, incentivaron la participación política de los jóvenes católicos bahienses entre 1968 y 1975.

El segundo capítulo, “Las ramas especializadas de Acción Católica en Bahía Blanca”, abunda en la conformación de la JUC (1967), la JOC (1968) y la JEC (1972) a nivel local, tras su debilitamiento a nivel nacional. El antecedente inmediato de estos organismos son las asociaciones laicas que intentaron acercar a los obreros y estudiantes a la Iglesia católica. La JUC integró a cuarenta miembros y se consolidó como guía de ingresantes a la universidad al instaurarse el pensionado católico varonil. Este espacio incentivó, junto con el comedor universitario y las casas de residentes, la socialización entre jóvenes provenientes del interior de la provincia y militantes de otras agrupaciones de izquierda. En cambio, la JEC sumó una treintena de jóvenes de sectores medios con estudios secundarios que fungían como catequistas o voluntarios en instituciones de beneficencia. Por último, la JOC agrupó a dieciocho jóvenes con estudios secundarios que laboraban en oficinas, comercios o bancos. Los tres organismos gozaron de autonomía para elegir asesores y representantes, y compartieron materiales y foros de formación y reflexión.

El tercer capítulo, “Vínculos e interacciones en el mundo católico”,

examina los encuentros y desencuentros entre la JUC, la JEC, la JOC y otras organizaciones laicas de acción católica. Si bien, el barrio, la escuela, el *scoutismo* y las celebraciones ecuménicas fueron concebidas como espacios de sociabilidad católica bahiense, los campamentos, conferencias, foros y seminarios posibilitaron el intercambio de experiencias y materiales de lectura con agentes nacionales y latinoamericanos. De modo específico, los miembros de la JOC accedieron al tendido de redes sociales a través del hermanamiento con luchas laborales a nivel local y nacional, como fue el caso de las trabajadoras domésticas y los obreros fabriles de Buenos Aires o los trabajadores de los cañaverales de Tucumán. Por su parte, los sectores eclesiales opuestos al movimiento liberacionista confrontaron la labor de los jóvenes católicos con denuncias anónimas y condenas públicas.

El cuarto capítulo, “El origen de las trayectorias militantes”, analiza la introducción de la pedagogía de la “revisión de vida” entre las organizaciones juveniles de acción católica. Mediante el *método ver, juzgar y obrar* se invitó a los jóvenes católicos a interpretar y comprender la realidad social vivida, priorizando la búsqueda de soluciones cristianas a los problemas cotidianos. La revisión semanal de los males sociales permitió a estos jóvenes reflexionar sobre los problemas coyunturales a nivel nacional e internacional y, del mismo

modo, incentivó su socialización. En ese sentido, los jóvenes católicos (re) descubrieron otra forma de acercarse a la fe y comprendieron que su rol dentro de la comunidad cristiana residía no solo en la adopción de principios y valores ético-morales, sino también en la intervención directa para transformar la realidad social.

El compromiso social de las organizaciones católicas juveniles adoptó rápidamente una postura política al optar por los pobres. Desde esta perspectiva, los jóvenes se enfocaron en la traducción de las enseñanzas bíblicas para cambiar la situación de los desvalidos y desposeídos, construir un orden social más justo e incidir en la conformación del “hombre nuevo” como encarnación de una nueva era y una nueva moral cimentada en valores y principios cristianos. Para ser congruentes, los jóvenes católicos se ciñeron a un modelo de comportamiento signado por la austeridad, la humildad y la sencillez, al grado de renunciar a los hábitos comúnmente asociados a la juventud de su época –salir a bailar, ir al cine– por considerarlos individualistas, innecesarios y superficiales. El fin perseguido consistía en convertirse en un buen hijo, hermano, amigo, esposo, vecino, alumno, o scout, a través del sacrificio individual sin desestimar su impacto social.

El quinto capítulo, “Espacios de acción de los militantes católicos”,

revisa la práctica pastoral encaminada a la concreción histórica de la utopía cristiana. Entre las múltiples acciones pastorales, Dominella destaca la labor social realizada con niños y jóvenes de la periferia para formarlos en los valores cristianos –solidaridad, humildad, compromiso– o la toma de conciencia entre obreros y estudiantes. Algunos miembros de la JEC, por ejemplo, brindaron atención social con miras a la organización barrial en demanda de servicios públicos y mejora de la infraestructura urbana. En tanto que, el activismo a nivel estudiantil supuso una menor exposición al concentrarse en la formación teórica y la organización de círculos de estudio, siendo este uno de los principales ejes del activismo y la militancia juvenil católica.

Finalmente, el sexto capítulo, “Las tensiones entre catolicismo liberacionista y militancias contestatarias”, resalta la primacía de la militancia política por encima de otras formas de acción directa. Cabe advertir que, en el marco del compromiso asumido por los jóvenes católicos para impulsar una transformación real, la acción política fue valorada como el nivel de responsabilidad social más elevado por el grado de exigencia que supuso: dedicación de tiempo completo, formación teórica. La opción armada comenzó a ser planteada al interior de los grupos de acción católica, pero fue

mediada o, incluso, incentivada por la doble militancia de sus integrantes.

Todos estos aspectos son reevaluados en el apartado de “Consideraciones finales”, mismo que sintetiza el contenido de la obra y rescata el rol fundamental de las organizaciones juveniles de acción católica como espacios de socialización y reflexión que incidieron en la conformación de una marca identitaria signada por la militancia, el activismo y la cultura contestataria en un periodo de efervescencia político-social. Sin lugar a dudas, *Jóvenes, católicos, contestatarios...* está llamada a convertirse en un referente historiográfico para el estudio de las juventudes y las organizaciones juveniles de acción católica en la Argentina de los años sesenta y setenta, así como para el análisis de las redes sociales y los espacios de socialización instaurados a nivel local y nacional de manera previa al Estado de sitio (1974) y la última dictadura cívico-militar (1976-1983).

DR. SERGIO MORENO JUÁREZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA –
AZCAPOTZALCO, CIUDAD DE
MÉXICO